

La calle  
Diario de un espectador  
19 de septiembre  
por miguel ángel granados chapa

para el miércoles 19 de septiembre de 2007

Hoy se cumplen 22 años del sismo que derruyó amplias porciones del centro y norte de la ciudad de México. A las 7.19 el suelo se estremeció y causó muerte y destrucción. A la noche siguiente una replica hizo que el 20 de septiembre se agregara a la efemérides más trágica que ha vivido la capital de la república (y también algunas regiones del estado de México, Michoacán y Jalisco).

Conocemos una historia de sobrevivencia que nos gusta contar precisamente por eso, porque alguien que quizá moriría —como aconteció a sus vecinos, ninguno de los cuales se salvó—libró con bien el acontecimiento. “Es que todavía no completabas tu misión en la vida”, le dijo cariñosa una antigua amiga, al conocer los pormenores de la situación.

El protagonista de este relato vivía en la calle Ahorro postal, de la colonia Postal, que se extiende de poniente a oriente de la calzada de Tlalpan al Eje central, antaño conocido en esa porción como Niño Perdido, y de la calle Correspondencia a Niños Héroe de Chapultepec medido de norte a sur. La nomenclatura de sus calles menciona servicios del correo (no el electrónico, por supuesto). Para más señas, el domicilio de quien hablamos le permitía adormilarse, cuando la ocasión lo requería, escuchando los nocturnos rugidos de leones, prisioneros calle de por medio, pues en la esquina de Ahorro postal y calzada de Tlalpan se halla el predio que es la sede del circo Atayde.

El edificio a que el protagonista de este relato había llegado en 1982, en el primer domicilio propio y fijo posterior a su separación matrimonial, constaba de cuatro plantas. No era viejo y no estaba tan descuidado como otros en la colonia. Visto de fuera el aluminio que enmarcaba sus ventanales estaba pintado de azul. Había cuatro departamentos por piso, y cada uno de ellos era espacioso: constaba de una sala-comedor de buen tamaño, una cocina y un baño de medidas razonables, y dos recámaras, una de las cuales estaba acondicionada como estudio y donde se concentraban los libros que poco a poco eran traídos, previa selección de sus hijos, a los que no quería privar de un importante patrimonio bibliográfico, los libros que se apilaban en la que hasta entonces había sido la sede conyugal.

La renta era cómoda y, además, en 1983 el administrador omitió incrementar su monto. Quiso resarcirse de su olvido en 1984 y acumular al de ese año el porcentaje omitido en el anterior. Entraron en litigio y el inquilino depositaba en un juzgado la renta que el administrador se negaba a recibir. De pronto, el abogado contratado para demorar lo más posible el desahucio falló en su cometido y anunció un lanzamiento inminente. Eso nunca, pensó el afectado, que se dio a la tarea de buscar un domicilio sustituto, que no encontró con la celeridad necesaria. De modo que empacó su menaje, lo remitió al garage de un amigo y hacia el 16 o 17 de septiembre se hospedó en el hotel Cibeles, que hoy es parte de la cadena Holiday Inn, sobre la calzada de Tlalpan, entre

Emiliano Zapata y Municipio Libre. Era un lugar idóneo para no interrumpir su costumbre, practicada desde al menos diez años atrás, de llevar a sus hijos a la escuela.

Allí se bañaba nuestro hombre a las 7.19 de aquel jueves cuando sobrevino el remezón. Nunca se había asustado tanto, no obstante que al principio supuso que era un mareo, producto de la divertida desvelada de pocas horas antes, en una fiesta de aniversario importante para su vida. Pero no: era un terremoto, de modo que desnudo y con espuma que el apresuramiento para salir de la regadera impidió secarse, se colocó en el marco de la puerta que da al pasillo. En cuando pudo telefoneó a sus hijos. “Estuvo duro, verdad”, fue el diagnóstico de uno de ellos, en lo que fue también parte de sin novedad.